

AGENDA CIUDADANA

UN ANTICOMUNISMO DISCRETO, UNA COARTADA PERFECTA

Lorenzo Meyer

Una Revisión.- Por casi medio siglo, el cuidadoso manejo del anticomunismo permitió a la clase política priísta hacer pasar en el exterior su autoritarismo por democracia. Afuera estableció un delicado equilibrio entre las super potencias y, adentro, otro entre la derecha dura del empresariado y la Iglesia Católica por un lado y la izquierda no radical y cooptable por el otro. Claro, a este dar gato por liebre contribuyó la voluntad del mundo externo por dejarse engañar, pues le convenía la estabilidad no democrática mexicana.

México nunca fue un actor importante en la llamada “Guerra Fría”, pero no se pudo sustraer a sus efectos. La institucionalización de la posibilidad de una “guerra del fin del mundo” que siguió a la II Guerra Mundial y que marcó al sistema internacional por casi cuatro decenios, tuvo un impacto sutil pero decisivo en la historia contemporánea de nuestro país. En efecto, el anticomunismo discreto, casi exquisito y eficaz que caracterizó a la política gubernamental mexicana después del cardenismo, llegó a exasperar a la derecha dura y torpe, pero gracias a esa medida, la izquierda no radical no se desligó del sistema. Como sea, el anticomunismo de baja intensidad pero gran efectividad, resultó ser la perfecta coartada del “gobierno de la Revolución Mexicana” para hacerse pasar entre tirios y troyanos, como el propio de una democracia progresista y respetuosa de la pluralidad.

El anticomunismo moderado que privó en el gobierno a partir de la presidencia de Miguel Alemán contrastó con el rabioso, burdo y brutal anticomunismo que dominó en América Latina, especialmente entre sus dictaduras. Esa diferencia entre el régimen del PRI y los de Somoza, Duvalier, Trujillo, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Stressner o Pinochet

y Videla, llevó, entre otras cosas, a la preservación de las relaciones diplomáticas de México con el bloque socialista, lo que le valió al priísmo que los soviéticos no le atacaran por reaccionario y “lacayo del imperialismo”. Al contrario, la posición oficial soviética consistió en definir al mexicano como un régimen distante pero legítimamente revolucionario y “democrático”. El mundo occidental, por su parte, durante la Guerra Fría aceptó sin problema definir al sistema político mexicano como democrático o en vías de la democracia. Ese fue uno de los mayores logros de la política priísta de la segunda mitad del siglo XX.

Una Guerra tan Larga y Costosa como Compleja. El término “Guerra Fría” fue acuñado en 1947 en Estados Unidos por Bernard Baruch, un asesor de los presidentes Woodrow Wilson y de Franklin D. Roosevelt. Sirvió para referirse a la rivalidad global entre Estados Unidos y la Unión Soviética que se había iniciado al concluir la II Guerra Mundial, y se hizo evidente en 1946, cuando el Primer Ministro británico, Winston Churchill se refirió en un discurso a la “Cortina de Hierro” que acababa de separar a los antiguos aliados. Se trató de una rivalidad que se quiso justificar y, hasta cierto punto dignificar, como una lucha ideológica y moral entre el capitalismo y el socialismo, pero que en lo fundamental fue un conflicto de intereses entre dos superpotencias nucleares que no podían enfrentarse directamente por temor a la destrucción mutua.

Fue en el ancho y nada ajeno mundo periférico donde la guerra fría se tornó caliente. Ahí, cientos de miles perecieron o fueron a prisión y millones vieron sus vidas severamente afectados por un anticomunismo fanático o su contraparte, un supuesto antiimperialismo, la lucha de clases y la liberación nacional. Las batallas de sangre y fuego, de acciones de represión y terror, no tuvieron lugar en el espacio de los centros de poder propiamente dichos, sino en la periferia, ya de por sí pobre y maltrecha: Grecia, Corea, Hungría, Vietnam, Guatemala, Cuba, Laos, Israel, Camboya, Líbano, Indonesia, Angola,

Zaire, Granada, Etiopía, Chile, Yemen, Nicaragua, El Salvador o Afganistán. Al final, el enorme costo de la competencia armamentista con Estados Unidos llevó a la quiebra económica de la URSS, al triunfo de la globalización capitalista, a la caída del “Muro de Berlín” en 1989, a la aceptación de la reunificación de Alemania en 1990, a la disolución del resto del imperio soviético, a la desaparición misma de la URSS en 1991, al retorno de una Rusia empobrecida a un lugar secundario en el sistema mundial y a la transformación de China en un gran híbrido donde el espíritu de la revolución ha dejado de latir.

México.- En buena medida, la Revolución Mexicana fue posible porque cuando Francisco I. Madero se lanzó a la lucha contra la dictadura en nombre de la democracia, el anticomunismo aún no existía. La Constitución elaborada en 1916 y promulgada a inicios de 1917, no fue efectivamente combatida por el exterior pese a proponer la reforma agraria y la nacionalización del petróleo, porque las potencias estaban aún muy ocupadas en la I Guerra Mundial, y porque los bolcheviques aún no tomaban el Palacio de Invierno en San Petersburgo y el miedo al comunismo todavía no era el centro de la política mundial. Sin embargo, pocos años más tarde el anticomunismo ya fue un arma usada por Estados Unidos para deslegitimar al régimen revolucionario mexicano en formación. En enero de 1927, y como parte del conflicto de las empresas extranjeras con el gobierno de Plutarco Elías Calles por el control del petróleo y de las diferencias mexicano-americanas sobre Nicaragua, el Departamento de Estado norteamericano presentó un “libro blanco” titulado “Bolshevik Aims and Policies in México and Latin America”. Se preparaba así el terreno para una acción armada. Afortunadamente el congreso norteamericano optó por la negociación. Un nuevo enviado de Washington, el banquero Dwight Morrow, uso un enfoque que resultó un gran éxito y cuyos términos se mantuvieron en pie hasta el final del año 2000.

El Acuerdo Calles-Morrow.- La esencia del acuerdo Calles-Morrow fue un encuentro entre el pragmatismo norteamericano con el viraje hacia la derecha del callismo. Esto hizo posible que Estados Unidos aceptara como legítimo y permanente el resultado de la Revolución Mexicana, a cambio de que el nuevo régimen le asegurara dos cosas: a) respeto a los derechos adquiridos por los norteamericanos en México y b) la gobernabilidad de México y una actitud responsable en el ámbito internacional. Tras el asesinato en 1928 del presidente electo, Álvaro Obregón, Calles rechazó la reelección a cambio de dar vida a un partido de Estado que con el correr del tiempo se convertiría en el PRI. Para Estados Unidos, ese nuevo partido, creado no para competir en las urnas sino para controlar a la clase política en el poder, resultó completamente aceptable. De Washington no saldría ya ningún reproche a la forma como un régimen con partido de Estado condujo las elecciones donde la oposición real --desde la encabezada por José Vasconcelos en 1930 hasta la de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988— fue sistemáticamente derrotada de manera inaceptable en una democracia auténtica. Las acusaciones de fraude que hasta 1988 lanzaron los derrotados por el régimen no modificaron en nada la decisión de Washington de apoyar a quien le garantizara la estabilidad del país.

Los Momentos de Prueba.- En realidad la prueba de fuego del acuerdo Calles-Morrow no se dio en las coyunturas electorales, sino cuando Calles fue expulsado del país en 1935 y el joven presidente Lázaro Cárdenas se lanzó a crear la base social masiva del nuevo régimen mediante la organización de los obreros, la reforma agraria y la nacionalización de la industria petrolera. La prioridad de Washington por la estabilidad mexicana junto con el compromiso cardenista de una política antifascista que ya cuadraba con la agenda internacional norteamericana, permitió que la tensión generada por las expropiaciones agrarias y petrolera, no animara al gobierno norteamericano a apoyar la

rebelión del general Saturnino Cedillo en 1938 ni en 1940 la pretensión del general Juan Andrew Almazán de echar del poder al partido oficial por la vía de los votos o de las balas.

La alianza de México con Estados Unidos durante la II Guerra Mundial, y el retorno de las políticas de derecha con la presidencia de Manuel Avila Camacho, volvió las aguas políticas al cauce previsto por Morrow. La democratización mexicana se planteó como algo que ya había ocurrido, que era una realidad viva en México y sólo necesitaba pulirse, perfeccionarse, arraigar.

El gobierno de Miguel Alemán coincidió con el inicio de la Guerra Fría. El primer presidente civil de la postrevolución mexicana fue muy bien recibido en la Casa Blanca y presentado al mundo como un auténtico demócrata. La purga que entonces tuvo lugar de lo que quedaba de la izquierda en la CTM –el lombardismo-- y en otras áreas del gobierno mexicano, fue alentada y bien recibida por Estados Unidos. A México no se le exigió pregonar su anticomunismo como prueba de lealtad a Washington.

A los sucesores de Alemán, Estados Unidos les refrendó su tolerancia ante un discurso que mantuvo el énfasis en el “legado revolucionario” y nacionalista, una economía proteccionista con una gran presencia del Estado en sectores clave como el petróleo o la electricidad, y una política exterior de independencia relativa en asuntos que no resultaran vitales para la definición del interés nacional de Washington.

En los primeros años, la pugna soviético-americana fue algo muy distante para México: la guerra de Corea o el Muro de Berlín. Sin embargo, sorpresivamente el gran conflicto global se acercó a la frontera. En efecto, en 1954, cuando ya cumplía un decenio el intento reformista de los coroneles guatemaltecos Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz, Estados Unidos decidió calificarlo de comunista y violentamente lo echó abajo con el apoyo muy evidente de la CIA a un derechista consumado: el coronel Carlos Castillo Armas. La

crisis guatemalteca pareció resolverse rápida y rotundamente a favor del anticomunismo, pero en realidad fue el inicio de una larga y cruenta guerra civil. El problema volvió a presentarse en 1961 por la vía de la Cuba revolucionaria. Sin embargo, esta vez la CIA falló en su intento de acabar con la revolución cubana mediante el mismo expediente usado en Guatemala.

Con Cuba la Guerra Fría se estacionó en El Caribe, a tiro de piedra de Yucatán. Y México tuvo que bordar muy fino para no renegar del principio de no-intervención sin chocar de frente con Washington y no tuvo más remedio que apoyar a la Casa Blanca durante la muy peligrosa “Crisis de los misiles” de 1962. Por su lado, Washington no se opuso a la buena relación del gobierno de Luis Echeverría con el del socialista chileno Salvador Allende. Al final de los años setenta del siglo pasado, el uso de un recurso estratégico, el petróleo, le permitió por un momento al gobierno de José López Portillo intentar una política propia frente a la revolución nicaragüense y las guerras civiles en Centroamérica, pero la dureza del anticomunismo de Ronald Reagan y el fin de la breve bonanza petrolera, forzaron al gobierno de Miguel de la Madrid a recular. Pese a todo, el espíritu Calles-Morrow se mantuvo como se había mantenido durante las matanzas de Tlatelolco y de “Jueves de Corpus” o la guerra sucia que les siguió. En suma, el anticomunismo justificó en México, como en muchos otros lugares, las brutalidades del autoritarismo. El Tratado de Libre Comercio de la América del Norte fue firmado, por la parte mexicana, por alguien que nunca pudo demostrar su triunfo en las urnas. A Washington eso no le molestó en lo mas mínimo.

Para acabar con el acuerdo Calles-Morrow, es decir, con el apoyo de Washington al autoritarismo mexicano se requirió de algo tan dramático y contundente como el fin de la “Guerra Fría”. Una vez que este tuvo lugar, y sumado a la creciente ineficacia y evidente

déficit de legitimidad del régimen priísta, unos Estados Unidos que ya habían triunfado totalmente sobre los soviéticos, ya no necesitaron pretender que el sistema político mexicano era democrático. Ya no hubo ninguna objeción a que el PRI fuera reemplazado por una derecha democrática –la del PAN— y una clase política nueva pero dispuesta a seguir adelante con la asociación de México a Estados Unidos.